

HIC ET NUNC

La cultura en 1979

Un año más se ha hundido implacable en el vacío vivo de la Historia, sin que haya aportado nada: ni una voz, ni un hito, ni un germen con posibilidades de futuro en nuestro pobre barbecho cultural.

Y bien —se me dirá—, ¿pero no se han publicado libros, se han estrenado comedias y dramas, se han celebrado homenajes, y se han concedido popularísimos premios literarios, algunos con escándalo incluido? ¿No es esto cultura?

No, tengo que contestarles. Eso no es más que su envoltura, que bien puede ocultarla, simularla o, como en este caso, sustituirla.

Porque es claro que no podemos negar que se ha estrenado tal o cual comedia o drama autóctono (la mayoría de lo visto en nuestros escenarios fueron adaptaciones y traducciones), pero esos hechos pertenecen más bien a las crónicas de sociedad; como asimismo nuestros profesionales nos han obsequiado con sus correspondientes libros cadañeros o de turno. Pero estas publicaciones, en su gran mayoría, tienen más de común con la estadística que con la cultura propiamente dicha. Aunque todo ello no obstante para que, contribuyendo al desarrollo industrial de la empresa española, se publiquen libros sobre el año cultural español. ¡Y viva Cartagena!

En la grave situación en que nos encontramos, urge un planteamiento del hecho cultural como problema común, que debe tener su base y proyección en los partidos políticos. Y no basta contentarnos con una autocritica, por otra parte también cadañera y de turno, sino afrontar la triste realidad cultural como un todo envolvente de la vida política y social española. Esta pobre vida en la que, tratando de confundirnos, aplican el calificativo de político a hechos, acciones y omisiones que sólo y únicamente son culturales.

Podría pensarse que la falta de un partido político con fines exclusivamente culturales o de un grupo de presión intelectual, crítica, sobre los acontecimientos cotidianos, dificulta nuestros planteamientos. Pero, por otra parte, es bien comprobada la dificultad de los intelectuales en los cuadros de nuestros partidos políticos, dado que los llamados de derechas, en cuestiones culturales podría decirse que pueden, pero no quieren. Y los de izquierdas, que son y han sido más culturalistas, quieren, pero no pueden. Aunque a juzgar por los actuales hechos, podemos afirmar que tampoco quieren mucho, o al menos no lo suficiente.

Y esta paradoja, esta otra versión del españolito que vienes para que el corazón se te termine helando, es un peso más de la difícil historia de España: la contradicción en materia cultural y educativa que separa nuestros más recientes siglos, el XVIII y el XIX. O para más concretar, una herencia directa de la España más tradicional, que tiene como eje y proyección hacia el futuro a Fernando VII, representando lo más reaccionario y despreciable de nuestras esencias. Son los años en que se suprime la enseñanza de la filosofía, porque "El Deseado" no necesita filósofos, sino buenos y leales súbditos, en que se condena "la funesta manía de pensar" y se inculca a las clases privilegiadas la increíble idea de que la cultura es un arma peligrosa para la conservación de sus privilegios.

Desde entonces, y salvo muy cortos periodos de tiempo, los partidos en el poder han evitado la propagación de la cultura o la han suministrado a cuentagotas, y los partidos de la oposición han luchado exclusivamente por la libertad para la cultura. Pero hoy sabemos muy bien que no basta la libertad para hacer culto a un pueblo. (Parodiando a Azaña, podríamos decir que la libertad no hace cultos a los hombres, sencillamente los hace hombres.)

Y hoy ha llegado el momento de que el partido en el poder reconsidere muy seriamente que lo peligroso no es la cultura, sino precisamente la ignorancia, si se quiere salvar esta predemocracia en la que vegetamos. Y no sólo el partido en el poder, sino los partidos de la oposición y los hombres que sólo tenemos un partido, el de la cultura como hecho esencial y envolvente de la vida social española. Si no, me temo, todos hemos de lamentarlo.

Porque preciso es recordar que si todos los tiempos son épocas de lucha, los que vivimos lo son mucho más. Aunque sólo sea para no volver a los días tan cercanos en que los Pemán y adláteres regentaban la cultura como estadística, mientras que los Bergamín y los Cernuda construían la verdadera fuera de su Patria, y no por su propia voluntad.

En fin, que el año actual no se nos vaya, como el ya ido, con la vaga sensación del desencanto. ■ JOSE ESTEBAN.

La poesía libre
de José Luis Gallego

El 11 de marzo de 1980 murió de una trombosis cerebral el poeta José Luis Gallego. Había nacido en Valladolid en 1913, y su infancia transcurrió en Vizcaya, cuya playa de Plencia y su mar libre recordaría años después tras las rejas de la prisión. Porque José Luis Gallego fue, sobre todo, un poeta de la libertad que escribió en la cárcel.

Corresponsal de guerra en la contienda civil española, sufrió las consecuencias de la derrota. Detenido al final de ella y pronto en libertad, pasó a la clandestinidad y, nuevamente detenido, fue condenado a muerte. Pena que le sería posteriormente conmutada por la de treinta años, de los que cumplió diecisiete. Estos años de prisión serían recordados por él



José Luis Gallego.

en uno de los impecables sonetos de su libro *Prometeo XX*:

Pacios y galerías, vuelta a
[vuelta,
Y vuelta a vuelta, tú te
[irás, mi vida:
quedándote sin mí; yo, sin
[ti, vida,
el uno sin el otro, vuelta
[a vuelta.

El libro lo editó la colección "El Bardo", en 1970, con prólogo de Jaime Ballesteros y José

Esteban. Estaba escrito en la cárcel, veinte años antes. Según el crítico Pablo Corbalán —que incluye a Gallego en la generación del treinta y seis, junto a Hernández, Ridruejo, Celaya, Rosales, Azcoaga, Bleiberg, Aparicio y Varela—, "este libro resulta ser el más personal y característico del poeta".

Antes, en 1947, apareció *Noticia de mí*, y en 1953, *Cinco poemas*. Esta es toda la obra publicada de quien, en otras circunstancias, hubiera podido ser un lírico en plena granazón. "Voz última" es el título del que será su libro póstumo, ahora en fase de publicación.

En un tiempo dominado poéticamente por las sombras egregias de Antonio Machado y Miguel Hernández, José Luis Gallego tenía como a su gran maestro a Juan Ramón Jiménez. Leopoldo de Luis, que conociera a José Luis Gallego en Madrid, el año 1935, ha escrito: "José Luis escribía por entonces una poesía pura, de juanramoniana abstracción. Juntos escuchamos la Política Poética del maestro, en el auditorio de la famosa residencia de la calle Pinar. Gallego quiso hacer suya aquella insospechada y quizá imposible unión de las dos palabras, quiso hacer siempre una política poética, que no una poesía política. Su gran singularidad reside precisamente en eso, en que, por los años cuarenta y cincuenta, mientras la represión lo mantenía encarcelado, jamás cambió la seda por el percal, como algunos de los poetas llamados poetas sociales, sino que su poesía se quedó sola en el ruedo de la protesta, con el leve e indefenso capote de la lirica pura, de una voz herida que de por sí es el más entrañable y desgarrado testimonio". Con Leopoldo de Luis y José Méndez Herrera, fundó antes de la guerra la revista "Pregón Literario", donde aparecieron sus primeros versos.

A su salida de la cárcel, ya en los años sesenta, trató de reconstruir su personalidad literaria. Dedicado a tareas editoriales que le permitieran sobrevivir, es recordado ahora, en el momento de su muerte, por su generosa colaboración en ateneos y barrios y en actividades culturales de promoción popular. ■